

ALFONSO TORRES CARRILLO\*

## HISTORIA, CULTURAS POPULARES Y VIDA COTIDIANA

Ven conmigo,  
porque aunque no lo sepas  
eso yo sí lo sé.  
Yo sé hacia donde vamos,  
y esta es la palabra:  
no sufras  
porque ganaremos,  
ganaremos nosotros,  
los más sencillos,  
ganaremos,  
aunque tú no lo creas  
ganaremos.

PABLO NERUDA

### 1. *Unas historias poco populares.*

No resulta nada novedoso afirmar que la historia que “aprendimos” —y que aun se enseña— en escuelas y colegios, es una historia ausente de pueblo<sup>1</sup>. Si repasamos los textos escolares no es difícil encontrar cómo los únicos protagonistas de los hechos históricos relatados son los grandes personajes militares y políticos, blancos, masculinos y pertenecientes a las élites dominantes del momento<sup>2</sup>. Los demás actores sociales (indios, negros, mujeres, campesinos...) son irrelevantes; en la mayoría de los casos no aparecen y cuando lo hacen, o son una masa anónima, sin rostro, asociada al tumulto, o representan lo típico, lo pintoresco, como un elemento más del escenario de fondo por donde pasan héroes y caudillos.

Esa negación de lo popular, característica de la historiografía tradicional no obedece simplemente a olvido, ingenuidad o mala voluntad de los historiadores;

---

\* Profesor de Historia, U.P.N.

<sup>1</sup> Vamos a utilizar provisionalmente el concepto de pueblo para referirnos al sector mayoritario de una sociedad o país, subordinado económica, política y culturalmente a **un sector** minoritario de la población. Más adelante fijaremos nuestra posición sobre el carácter social y cultural del tan controvertido concepto de lo popular.

<sup>2</sup> Una excelente investigación, con amplia información empírica, fue realizada por Rodolfo de Roux para la UNESCO y cuya síntesis apareció en la revista *Educación y Cultura* No. 6 de FECODE, Bogotá, 1985.

es consecuencia de la perspectiva desde la cual se ha escrito y se escribe la historia oficial: el punto de vista de los sectores sociales que controlan las esferas del poder político y económico. Los historiadores académicos, patrocinados y consentidos por las élites dirigentes, cuando no miembros de ellas, se han dado a la tarea de escribir una historia patria que sustenta e inculca los valores cívicos requeridos para el mantenimiento del orden establecido. De este modo, el desconocimiento de la historicidad de los sectores populares y la supervaloración del protagonismo de las minorías privilegiadas, es una manera de justificar las relaciones sociales en países como el nuestro.

Si bien es cierto que esta concepción histórica tiene hoy pocos adeptos entre los historiadores profesionales, es innegable la decisiva influencia que ejerce sobre la conciencia histórica de la mayoría de la población, dado que es la imagen que se proyecta en los programas escolares, en los monumentos públicos, en las fiestas patrias, los museos y las series de televisión de carácter histórico.

Podría pensarse que los nuevos rumbos que ha tomado la historiografía latinoamericana en las últimas décadas reconocieron y reivindicaron a las clases populares como sujetos históricos; sin embargo, los grandes desarrollos a nivel teórico y metodológico de la “nueva historia”, que ampliaron el objeto de la historia a la actividad social en su conjunto y afinaron los procedimientos y técnicas de la labor historiográfica, no vinieron acompañados de una nueva perspectiva para abordar la historicidad de lo popular.

Por un lado, la enorme influencia que sobre historiadores marxistas y no marxistas ha tenido el estructuralismo, llevó a que los exponentes de la llamada “nueva historia”, prefirieran el estudio del lento transcurrir de las estructuras demográficas, económicas y sociales, a la explicación de los procesos y movimientos sociales. El énfasis que se le dio a la larga duración, hizo que los historiadores subestimaran el estudio de las luchas sociales, por ubicarse en la cuestionada “corta duración”, tan apetecida por los viejos académicos. Desplazados los héroes y los acontecimientos políticos, diplomáticos y militares de la preocupación historiográfica, pasaron a ser las invisibles fuerzas históricas subterráneas y de larga duración el objeto privilegiado por los historiadores profesionalizados.

Los sectores populares y sus luchas, en su cotidianidad, en su cultura, continuaron ausentes de la llamada historia científica. Lo popular aparece diluído en datos y series cuantitativas o en modelos abstractos, como “mano de obra”, “salarios”, productividad laboral, tasas de mortalidad, índices de analfabetismo, etc.

En los últimos años, bajo la influencia de la ineludible irrupción de los movimientos sociales que hoy conmueven las viejas estructuras enraizadas en nuestro continente, algunos historiadores han orientado su mirada a los sectores populares; su preocupación ha estado en la exaltación de algunas luchas,

consideradas relevantes a nivel político en su momento, como las protagonizadas por los obreros, los campesinos y los indígenas; sin embargo, el énfasis en la mayor parte de los estudios se ha dado a aquellos conflictos manifiestos, explícitos, como las huelgas, las tomas de tierras y los paros cívicos, quedando relegadas las múltiples expresiones cotidianas del conflicto, las resistencias desde la cultura y la gestación silenciosa de alternativas de convivencia social.

## 2. *Hacia unas historias “desde abajo”.*

Una historia popular no es — o no debe ser — una sencilla cuestión de temática distinta, sino más bien una manera diferente de examinar el conjunto de la sociedad.

RAPHAEL SAMUEL

La posibilidad de una historia que considere lo popular, no solo como objeto de investigación, sino como punto de referencia crítico para una relectura de la historia desde los sectores subalternos y como herramienta que fortalezca y potencialice su memoria, ha llevado a la necesidad de plantearse una historia popular<sup>3</sup>.

Alcanzamos a distinguir tres vertientes distintas en la construcción de esta alternativa historiográfica; dos provenientes del mundo académico y una gestada desde las organizaciones y movimientos de los propios sectores sociales interesados. En primer lugar tenemos el creativo aporte teórico y metodológico de historiadores europeos que se han ocupado del estudio de las mentalidades colectivas y los procesos culturales que han acompañado y dado sentido a las luchas y los movimientos sociales protagonizados por las clases trabajadoras en Europa occidental<sup>4</sup>.

Por otra parte, algunos investigadores sociales de América Latina han proyectado su compromiso intelectual con los movimientos populares y de liberación, realizando recuperaciones históricas en las que procuran hacer partícipes a sus propios protagonistas, dando lugar a la llamada “Investigación-acción participativa”, cuya utilización se ha extendido en muchos países del Tercer Mundo<sup>5</sup>.

También algunos educadores populares y organizaciones de base han ido viendo la importancia que tiene para sus trabajos la recuperación histórica de sus

---

<sup>3</sup> Para el caso europeo, ver el libro editado por RAPHAEL SAMUEL, *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Editorial Grijalbo, 1984.

<sup>4</sup> Tal vez los autores con mayor influencia en lengua castellana son los franceses Jacques Le Goff, George Duby y Phillipe Aries, los ingleses Eric Hobsbawm, E. P. Thompson y George Rude y el ruso Mijail Bajtin.

<sup>5</sup> El autor con mayor trayectoria en IAP a nivel histórico es el colombiano Orlando Fals Borda, autor entre otras obras de *La historia doble de la costa* (4 tomos), *La cuestión agraria en Colombia* (varias ediciones) y *Conocimiento y poder popular*, Bogotá, Siglo XXI - Punta de Lanza, 1986.

propias experiencias y de los espacios sociales donde actúan, dando lugar a modestos estudios historiográficos, cuyos investigadores no son siempre profesionales en el asunto sino los mismos interesados. Como resultado de estos trabajos, existen numerosas cartillas, audiovisuales y otros materiales de divulgación que circulan entre los miembros de los mismos grupos para su formación.

La concepción teórica y metodológica de la propuesta de recuperar la historia “desde abajo” se desarrolla en extenso en un libro recientemente publicado<sup>6</sup>; para efectos del presente artículo nos basta señalar que esta alternativa historiográfica rebasa los intereses académicos para convertirse en un medio de reconocimiento por parte de los sujetos populares de su historicidad y de afirmación de su identidad cultural; a la vez, la participación de personas especializadas en la construcción del conocimiento histórico, les aporta instrumentos para ampliar sus estrategias de comprensión de la dinámica social.

El fortalecimiento de la memoria colectiva y de la conciencia histórica no se logra con el solo trabajo de recuperación histórica; este cobra sentido si está articulado con procesos más amplios de organización, educación y actuación social comprometida, encaminados a la construcción, por parte de los diversos actores populares del “quiénes somos” y del “para dónde vamos”, es decir, de su propio proyecto histórico cultural.

Para tranquilidad de los académicos, la propuesta de recuperación colectiva de la historia no desconoce los resultados ni el bagaje conceptual y metodológico de la historiografía hecha “desde arriba”; tampoco considera que el estudio histórico de lo popular pierda de vista la visión de conjunto de la realidad social. No se trata de mitificar al pueblo como único protagonista del devenir histórico y portador exclusivo de la verdad, sino de explicar el dinamismo social desde unas miradas anteriormente excluidas de la historiografía oficial, las de los diversos grupos sociales subalternos, como aporte al fortalecimiento de sus identidades y de sus luchas presentes y futuras.

### 3. *Lo cultural popular: una necesaria adaración.*

Aunque la preocupación por los aspectos ideológicos y simbólicos es de larga data en las disciplinas sociales, hoy han cobrado un lugar central entre las preocupaciones de quienes aspiran a incluir la presencia de lo popular en la comprensión de la vida política, en la historia y en los nuevos movimientos sociales. Tan escurridiza como el término popular, la noción de cultura ha venido esdareciéndose en los trabajos investigativos de antropólogos, comunicadores sociales e historiadores contemporáneos. De las restringidas concepciones que veían en lo cultural sólo aquellas manifestaciones “más refinadas del espíritu” y de

---

<sup>6</sup> CENDALES LOLA, PERESSON MARIO y TORRES, ALFONSO, *Losotros también cuentan*, Bogotá, Dimensión Educativa, 1990.

las amplias y vagas nociones de asociarlo a todo lo producido por el hombre por oposición a lo natural, se ha ido configurando un concepto más operativo de cultura como conjunto de representaciones, significaciones y simbologías que explican las prácticas de un determinado grupo social.

Según esta concepción, desde su cultura, cada colectivo humano reproduce, recrea y transforma las estructuras sociales de las que forma parte; la cultura configura cierta mirada sobre el mundo desde la cual los sujetos interpretan, valoran y orientan sus actuaciones y las de los demás. Por ello toda práctica social está siempre cargada de sentido; ir al trabajo no es meramente un hecho económico sino también un hecho cultural, lo mismo que estar desempleado o comprar en un supermercado o en una tienda del barrio.

La cultura no solo es social sino histórica, se nutre del pasado, pero a la vez se renueva frente a las nuevas condiciones a las que se van enfrentando los grupos, como es el caso de los migrantes campesinos al mundo urbano. La cultura tiene fundamento y explicación en las condiciones y procesos materiales de existencia, pero los desborda y permite transformarlos; recibe influencia de otros universos culturales, pero a la vez es garantía de reconocimiento e identidad social de cada grupo frente a otros.

Reconocida la compleja red histórica en la que se halla inmersa la cultura, es evidente que no podemos hablar de una CULTURA única y universal ni de una cultura idéntica para los miembros de un país como el nuestro, atravesado por profundas diferencias sociales, con diversidad regional y étnica y con la presencia de múltiples actores sociales con identidades particulares (jóvenes, cristianos, mujeres, delincuentes, etc.).

Por ello es que tampoco podemos hablar de una cultura popular común a todas las clases subalternas de la sociedad sino de diversas maneras de ver y actuar sobre el mundo, nutridas de historias e influencias particulares, conforme a los diferentes modos de existencia de lo popular hoy en América Latina. Ni exclusivamente indígenas como lo añoran algunos, ni exclusivamente campesinos o proletarios como lo vieron algunas posiciones políticas de izquierda, los hombres y mujeres de los sectores populares en nuestro continente somos una compleja amalgama cuya comprensión requiere pacientes estudios y procesos de organización y lucha que decanten lo particular y lo común entre ellos.

El elemento estructurador de las culturas populares no radica en una esencia ahistórica, ni al inventario de los objetos y prácticas originadas en los ambientes populares; tampoco en el consumo pasivo de la ideología dominante. La intelección de lo popular en la cultura estaría constituida por el conjunto de lógicas (racionales y simbólicas), instituciones y prácticas sociales cuyas raíces están en las condiciones de existencia de los sectores populares y han ido quedando incorporados a los hábitos y tradiciones que identifican y permiten reconocer dichos sectores sociales.

Néstor García Canclini<sup>7</sup> sugiere que la investigación de las culturas populares requiera tomar en cuenta tres procesos:

*1. La apropiación desigual de los bienes económicos y culturales por parte de las diferentes clases y grupos sociales, lo que pone en evidencia como las diferencias sociales contemplan la posibilidad de acceder al patrimonio cultural producido por el conjunto de la sociedad. Así por ejemplo, la explicación de los gustos artísticos (musicales, visuales, etc.) debe asociarse al grado de oportunidades a que pueden acceder los integrantes de un determinado grupo social o regional y no a una "naturaleza" inherente a ellos.*

*2. La elaboración y representación propias de sus condiciones de vida para la satisfacción específica de sus necesidades; es decir, el ambiente material, los mecanismos y estrategias de supervivencia que la gente se va inventando, van configurando ciertos modos de abordar las cosas y de enfrentarse a nuevas circunstancias.*

*3. La interacción conflictiva de las clases populares con los grupos hegemónicos y las transacciones que renuevan los conflictos y la interacción. La tensión social entre clases dominantes y dominadoras no puede entenderse como una bipolaridad; la realidad histórica nos muestra cómo junto a la impugnación y la resistencia, se dan permanentemente negociaciones, intercambios en lo material y en lo simbólico. No puede comprenderse la cultura de un pueblo si se ve en ella únicamente el reflejo pálido de la cultura dominante o mera impugnación a ésta.*

Vemos en qué medida las culturas populares expresan y mediatizan las contradicciones que se dan en otros planos de lo social, es un escenario donde se contextualiza y se da la lucha de clases; en la distribución espacial de una ciudad, en los nombres de las plazas y las calles, en los parques y espectáculos, en los graffitos, en el juego, en la que se emite y se recibe, en los chistes y "groserías", en toda expresión cultural está presente la desigualdad social y el conflicto entre sus actores.

En las culturas populares también debemos reconocer su historicidad, que guarda relación estrecha con los procesos y desplazamientos que ocurren en los otros niveles de la práctica social; así por ejemplo, en la religiosidad católica, así algunas formas e imágenes culturales como la Virgen de Guadalupe en México y la devoción al Niño Jesús en Colombia, han venido cambiando de contenido y uso por parte de sus seguidores con el correr de los tiempos, con la urbanización de sus costumbres, con los nuevos problemas como la inseguridad y la inestabilidad laboral, etc. Asimismo, algunas concepciones y prácticas culturales rurales se pierden o se recrean en la vida citadina como el cuidado de los animales o las fiestas patronales.

Es por esto que una historia "desde abajo", al igual que una política desde lo popular, deben pasar necesariamente por el reconocimiento y comprensión de las

---

<sup>7</sup> GARCÍA CANCLINI, NESTOR, *Las culturas populares en el capitalismo*, La Habana, Casa de las Américas, 1984.

culturas populares; más que un tema para historiar es un punto de vista metodológico para interpretar la lógica desde la que actúan las clases populares no sólo en sus grandes luchas y resistencias al dominador, sino en todas sus manifestaciones existenciales.

Comprender lo popular por la vía de lo cultural. obligatoriamente nos remite a la vida cotidiana de sus portadores.

#### 4. Cultura popular y cotidianidad.

Lo cotidiano ha sido considerado por la historia tradicional y profesional como la irrelevante, lo banal, en oposición a lo excepcional, a lo “importante”, a lo habitualmente llamado HISTÓRICO. El transcurrir vital de la gente, su manera de alimentarse, de vestirse, de divertirse, siempre quedó eclipsado por las hazañas individuales de los grandes héroes o por el frío análisis de las tendencias y cambios demográficos, económicos o sociales. Incluso para los investigadores marxistas de corte ortodoxo, lo cotidiano se vio como simple espacio de la reproducción física de los individuos y del consumo pasivo de bienes e ideología dominante.

Reivindicar la importancia de lo cotidiano en la historia desde una óptica popular, nos exige precisar el concepto mismo de *cotidianidad* y delimitar sus rasgos característicos. Para Karol Kosik<sup>8</sup> ésta es, ante todo, la organización — día tras día — de la vida individual y colectiva de los hombres; la cotidianidad es la división del tiempo y del ritmo en que se desenvuelve la historia de cada cual, dado que la reiteración de las actividades vitales se fija en la repetición de cada día, la distribución diaria del tiempo.

De este modo, en la cotidianidad estamos inmersos todos, y todo modo de existencia humana posee su propia vida cotidiana. La invasión española en América no significó solamente explotación y saqueo; rompió bruscamente la cotidianidad de los indígenas e impuso un nuevo ritmo cotidiano; el trabajo, la política, la escuela, la calle, toda actividad social tiene su propia cotidianidad.

Es erróneo oponer vida cotidiana y vida pública, dado que ambas tienen su propia cotidianidad: tanto el ama de casa como el dictador, tanto la vida del prostíbulo como la del Congreso están inmersas en ella. Por ello la vida cotidiana no está fuera de la historia sino en el centro del acontecer histórico; los grandes acontecimientos políticos y los procesos estructurales se viven e interpretan desde la cotidianidad de los hombres concretos de carne y hueso; son éstos quienes padecen la guerra, la inflación, el aumento o la disminución de la natalidad, el desempleo.

---

<sup>8</sup> KOSIK, KAROL, *Dialéctica de lo concreto*, Barcelona, Editorial Grijalbo, 1979.  
*Universidad Pedagógica Nacional*

También en lo cotidiano se interioriza la desigualdad social y donde se gestan las aspiraciones, los proyectos de un mundo mejor; es en la conversación desprevenida en la tienda o en la cocina, donde las amas de casa se sientan y comentan el alto costo de la vida; es frente a la opulencia mostrada en la televisión donde sueñan con un tipo de gobierno o de economía menos adverso; la participación en una huelga o en una jornada de protesta se teje tanto en la cotidianidad de las reuniones del sindicato como en las cantinas que rodean la fábrica.

Cada formación social y cada grupo social organizan de un modo diferente los componentes de la vida cotidiana y les imprimen un sentido distinto. Así, prácticas aparentemente comunes a diversos sectores sociales como ver televisión o ir a fútbol, adquieren un significado propio para el televidente e hincha de un barrio popular con sus homólogos de la aristocracia de la ciudad; significado propio tampoco quiere decir absolutamente diferente, si reconocemos el espacio cultural común que toda sociedad requiere para guardar una mínima cohesión.

Recuperar colectivamente la historia exige reconocer la diversidad de espacios, actores, relaciones, mediaciones y conflictos que se dan en la vida cotidiana de los sectores populares; sólo así podrá identificar, en cada caso histórico, los elementos y procesos que afirman o niegan su identidad social, los que evidencian la dominación y los que anuncian la resistencia o la utopía.

Hilda Howard<sup>9</sup> distingue tres dinámicas complementarias de la vida cotidiana de los sectores populares. La primera es la dinámica de la sobre-vivencia, donde están las tácticas para generar ingresos y hacerlos alcanzar, garantizar la salud, conseguir los servicios públicos básicos, etc.; en segundo lugar está la dinámica de resistencia, que cobija las experiencias donde se crea el poder de negociación con el Estado y las clases dominantes; por último está la dinámica de alterancia propia de aquellos espacios, instituciones y prácticas que anuncian un nuevo orden social.

Hay que reconocer en esta clasificación sólo una posibilidad analítica, dado que en la realidad no es posible establecer límites tajantes entre una y otra dinámica; por ejemplo en la lucha de los pobladores de un barrio por conseguir determinado servicio público pueden combinarse dos o incluso las tres dinámicas (impugnar, resistir, construir).

Otro elemento que hay que introducir para comprender hoy lo popular en América Latina es lo *masivo*; éste no hay que concebirlo como un fenómeno exterior a las clases subalternas sino como una forma actual de sociabilidad, una nueva forma de existencia de lo urbano, de lo comunicativo, de lo político, de lo religioso, de lo deportivo y de los modelos de consumo. Más que valorarlo emotivamente, lo masivo debe ser interrogado, analizado; como lo señala Martín

---

<sup>9</sup> HOWARD, HILDA, “La vida cotidiana”, en *Aportes para una historia popular*, Bogotá, Dimensión Educativa, 1988.

Barbero<sup>10</sup>, el reto del investigador social no es desentrañar lo que hay de “alienante y manipulador” en lo masivo, sino comprender cómo la masificación fusiona aquí y ahora, los rasgos históricos de ese proceso.

##### 5. A modo de conclusión.

Plantearse una historiografía desde los intereses y proyecto histórico de las clases populares nos lleva a reconocer su complejidad teórica y metodológica; exige una concepción de lo popular que incluya sus condicionamientos económicos y sociales, pero que también considere toda la trama de relaciones culturales con la tradición y con la ideología hegemónica.

Repensar lo popular desde la cultura pasa por la vida cotidiana, ese espacio sin discursos racionales donde se tejen silenciosamente las identidades sociales y los grandes proyectos y transformaciones sociales; ese terreno donde se va definiendo QUIENES SOMOS y QUIENES SON LOS OTROS. También pasa por la revaloración de la oralidad, vista no sólo como una fuente de información sesgada por la subjetividad, sino como la manera propia de decir la realidad por parte de los sectores subalternos, con una gramática y una lógica discursiva propias.

Con todos sus límites y problemas, trabajar por una historia popular, contribuirá a potencializar unas identidades y una verdad hasta ahora oculta por la historiografía oficial, la de los excluidos del poder decisorio en nuestras sociedades.

---

<sup>10</sup> MARTIN BARRERO, JESUS, *De los medios a las mediaciones*, México, Gustavo Gili Editores, 1988.